

UNA ESTATUA Y DOS CASAS

O cómo se deja echar a perder una ciudad

(Por el doctor MANUEL VILLAVERDE)

Síguen, naturalmente, las protestas por el acuerdo del cambio de la estatua de Fernando VII por la de Céspedes en la Plaza de Armas que ¿no la han visto ustedes y si la han visto no han advertido su gesto, su actitud como de disposición de echar a andar o a correr, para quitarse de allí ella misma, por su propio impulso, por su naturales buen juicio y buen gusto?

Una estatua, además, ya se ha dicho también repetidamente, en absoluto inadecuada para perpetuar la memoria del padre de la patria nada menos.

Los cubanos que han de hacer y los turistas que nos visiten ¿qué pensarán de esta generación que le levanta esa estatua al creador, al gran forjador de la nacionalidad y ha levantado, en cambio, los monumentos que conocemos a los presidentes que han regido períodos de los más lamentables de nuestra historia incipiente?

Pero, de todos modos, en ese lugar en absoluto inadecuado, porque requiriendo el más destacado o uno de los más destacados de la ciudad nueva, novísima, de su parte más progresiva y relevante, allí en aquella plaza colonial ¿no tiene que parecer arrumbada, arrinconada, como de museo, más que de vivo y trepidante entusiasmo, efecto y fervor populares?

Y así seguimos dejando echar a perder "la ciudad más bella de América, con Río de Janeiro".

Esa Plaza de Armas, como la de la Catedral, las dos más típicas, más genuinas y representativas de La Habana de la colonia, están siendo o han sido ya arruinadas de esa manera abominable, con ese emplazamiento de esa estatua y ya, desde antes, desde hace tiempo, cada una de las dos con la construcción inconcebible urbanísticamente su aprobación y autorización por las autoridades correspondientes, de esos sendos edificios, uno precisa, exactamente en cada una, que rompen, que quiebran, que profanan y destruyen su aspecto, todo su aire que, sin ellos, sería, se mantendría irreprochablemente el de la colonia que Cuba fué, que nuestra ciudad fué y que tanto le interesa, ría recordar que fué, de esa manera pétreo, por el mayor número de generaciones posibles.

Sin esos edificios, cada una de esas plazas sería, estaría siendo, seguiría siendo en estos momentos, la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral de La Habana colonial, de La Habana genuina y típica de hace dos o tres siglos.

No hay otro ninguno, más que en cada una, como levantados, como permitidos a propósito, expresamente para que destruyesen así ese efecto.

En París, en el Viejo París, se están ahora estudiando planes de tal magnitud para su cambio, para su modernización, que supondrían echarlo casi íntegramente abajo para reestructurarlo, para rehacerlo de nuevo, en vez de con sus calles estrechas y sus rincones casi intransitables para todo el movimiento circulatorio urbano actual, con las más amplias avenidas, plazas, y jardines del mundo.

Y dentro de su amplísimo recinto, dejados, respetados naturalmente los lugares, los sectores más típicos, más característico, esos como sectores de museos vivos en su senectud.

En La Habana Vieja lo que conervamos con mayor esmero son sus calles estrechas, con sus aceras a veces de diez centímetros de ancho, por las que ¿cómo transitar, sino teniendo que meterse en los portales cuando pasa una guagua sobre todo?

Una reforma como la de París no será fácil que aquí se considere siquiera.

Por eso las que el afán, el celo edilicio concibe y realiza son esas: esa sustitución de la estatua de Fernando VII por la de Céspedes ahora.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Exclusivo, marzo